

Historia circular y nueva temporalidad en «El otoño del patriarca» de Gabriel García Márquez

Propongo como tesis germinal de mi estudio que *El otoño del patriarca* presenta una versión circular de la historia concebida en torno a la figura de la repetición. Los conceptos de circularidad y repetición han interesado de modo central a pensadores y escritores de diversos períodos —desde Vico, Kierkegaard y Nietzsche a Proust y Joyce— y han formado un componente fundamental de sus obras¹. La obra de García Márquez se incorpora, por tanto, dentro de un corpus de pensamiento de prolongada y notable ascendencia. Para algunos autores que se han interesado en el *ricorso* de las diversas constelaciones culturales de la historia, la circularidad perpetua del tiempo es inescapable y coarta la libre iniciativa del sujeto y la colectividad. Es el caso de Nietzsche y Joyce, por ejemplo. En ese concepto de la circularidad, la humanidad queda implicada inexorablemente en los procedimientos de la repetición. Por el contrario, otros pensadores (e.g. Vico) ven en la regularidad y la simetría que proporciona la reiteración un sólido fundamento para el orden y el desarrollo armónico de la vida y la historia.

En su núcleo más constitutivo, *El otoño del patriarca* percibe la circularidad como un modo de restricción fundamental de las agrupaciones humanas y sus manifestaciones culturales. Una limitación que determina todos los aspectos de la vida —desde la actividad política y la educación a las relaciones afectivas. Esa repetición se actualiza específicamente en García Márquez dentro de la estructura cultural de Latinoamérica y se utiliza como un modo hermenéutico capaz de elucidar las características más negativas de esa estructura. Al mismo tiempo se sugiere en

¹ En torno a la repetición y sus ramificaciones filosóficas y retóricas, ver Said 111-125; Sussman 63-158; Hillis Miller 1-21; Harrison 281-288.

García Márquez la posibilidad de rompimiento de la circularidad, el inicio de una apertura antireiterativa que podría descalificar el modelo inveterado de la repetición. Por consiguiente, en la aparentemente sólida y uniforme red de la repetición se entrevén espacios imperfectos, vacíos a través de los cuales sería tal vez posible emprender la liberación de un destino en principio irresistible. La emergencia de la repetición es demasiado esporádica y tenue en el texto como para que pueda configurarse en un proyecto fiable de renovación. No obstante, es un elemento no menos apreciable de la significación que puede inducir a la consideración de la posibilidad de revisión del modelo circular. Consideraré los elementos centrales que estructuran la repetición en *El otoño del patriarca*, señalando, cuando sea pertinente, el modo en que aparece la posible desvirtuación de la reiteración².

Iniciaré mi análisis con el examen del concepto de la naturaleza de la historia en *El otoño del patriarca*. En la obra, la historia se presenta esencializada en categorías intemporales e inmutables: la colonización, la guerra federal, el levantamiento, más que como sucesos concretos y objetivos, aparecen como formaciones abstractas omnipresentes y omnímodas en las que el sujeto y la colectividad quedan incrustados más allá de su voluntad. Las formaciones históricas determinan al ser humano y le impiden una realización autónoma. La victimización del sujeto y la nación se inicia por medio de una inserción inequívoca en el absoluto histórico³. Una historia absoluta y totalizada contamina a quienes se ven dominados por ella de una manera también absoluta. Los rasgos más desfavorables de la colectividad cultural se extienden y afectan a todos los miembros que la integran. La contaminación alcanza a todos de modo similar, sin que haya lugar para la singularidad, la excepción significativa: no existen héroes que eludan la victimización. En el país emblemático donde se ubicúa el texto, la culpabilidad es general y los defectos y vicios merman tanto al que gobierna ese país como a aquellos que están subordinados a ese gobierno. La crueldad del que ejerce el dominio se corresponde con el servilismo e ignorancia de los dominados.

El texto hace entender que esos atributos negativos del dominado están causados en parte por medio condicionante. Al mismo tiempo, el dominado aparece como cómplice de un modelo que reproduce miméticamente el pasado sin intentar superarlo y modelarlo de un modo distintivo. Por esa razón, la supuesta santidad de la madre del general dictador, Bendición Alvarado, no es negada sino que es corroborada por un pue-

² La bibliografía sobre *El otoño del patriarca* no se ha centrado en el aspecto de la novela que abarco en mi trabajo. Entre los trabajos recientes que se vinculan de modo más o menos directo con mi perspectiva crítica, merece mencionar en especial: Tobin, Palencia-Roth y Ugalde.

³ Para una visión de la historia que desarrolla el concepto de la naturaleza de la historia propio de *El otoño del patriarca*, ver White 43-131.

blo crédulo. La santidad imposible de Bendición Alvarado se transforma en un hecho irrefragable y fatalmente necesario que es secundado por los actos de fe de los que atestiguan sus milagros. Ese hecho juzgado como incuestionable impulsa al pueblo a presentarse frente al edificio del nuncio que instruye el caso de la canonización de Bendición Alvarado y manifestar allí su creencia en la bondad sobrenatural de la madre del general, a pesar de que esa santidad es en realidad absurda: «(Frente a ese edificio) amanecían las filas incontables de lazarinos restaurados que vinieron a mostrar la piel recién nacida sobre las llagas, los antiguos inválidos de San Vito vinieron a ensartar agujas ante los incrédulos, vinieron a mostrar su fortuna los que se habían enriquecido en la ruleta porque Bendición Alvarado les revelaba los números en el sueño, los que tuvieron noticias de sus pedidos, los que encontraron a sus ahogados, los que nada habían tenido y ahora lo tenían todo...» (148).

Las reservas del nuncio se ven abrumadas por las manifestaciones de sólida fe de los creyentes que suplen unas pruebas que nunca han existido objetivamente. La irrupción en el repertorio cultural de la santidad de Bendición Alvarado es un índice de la capacidad de falseamiento y autoengaño que está vinculada a una estructura de autoridad y dominio ilimitados. Al mismo tiempo, esa santidad se convierte en un *icono* visible e innegable de las aspiraciones de trascendencia de la colectividad. El que ese *icono* trascendental sea ilusorio no parece significativo. Lo es más la necesidad de santidad que experimenta la colectividad, el impulso que sienten sus integrantes de proyectarse en una imagen especular de perfección y superioridad virtuosa⁴. La degradación general halla un modo de compensación en una figura que parece escapar a ella completamente. No sorprende, por tanto, que, cuando el *icono* es destruido y la Iglesia rehúye participar en la ceremonia de una falsificación ritual colectiva sancionando la santidad de Bendición Alvarado, los integrantes de esa comunidad reaccionan violentamente contra quienes les niegan la única forma posible de trascendencia. Esa trascendencia se realiza por medio no del análisis racional y desinteresado de los hechos que propone el nuncio sino por medio de una convicción irreprimible que reproduce impulsos ancestrales.

El amor colectivo al déspota queda incluido dentro de un modelo parecido de configuración de la realidad que procede de actitudes ancestrales. Ese amor, aunque paradójico e ilógico, actúa en la conciencia de la comunidad de modo efectivo. La venalidad y dureza del general no parecen ser óbice para que el pueblo que está sojuzgado por él objetive en él una realización superior de sí mismo en la que poder contemplarse. La comunidad proyecta en el general el amor que no tiene hacia sí misma. La certeza de ese amor se confirma de manera fehaciente porque su

⁴ En relación con el concepto de proyección especular, ver Lacan 88; Navajas 107-119.

comprobación procede no de la comunidad misma sino de un agente exterior a ella que da testimonio de su existencia y valor genuino. Es monseñor Demetrio Aldous, un forastero, quien «había conocido en cambio una nueva forma de amor en las recuas de menesterosos que no esperaban nada de él [el general] porque no esperaban nada de nadie y le profesaban una devoción terrestre que se podía coger con las manos y una fidelidad sin ilusiones que ya quisiéramos nosotros para Dios» (158). La torpeza de juicio y la incapacidad de discernimiento que caracterizan la conducta del general se reproducen en todos los demás y les adulteran su capacidad para concebir una forma genuina de amor, para descubrir un receptor digno de su intencionalidad afectiva. El amor obtuso y desvirtuado del general se reitera en la colectividad. De modo parecido, la violencia arbitraria de sus actos se reproduce en la de los militares que están en torno a él y en las reacciones virulentas de las masas que emergen con frecuencia sin justificación aparente.

Ocasionalmente el texto intenta el desenmascaramiento de la historia compuesta por categorías degradadas. Esa acción conlleva la oposición a una repetición inane. Lo hace, por ejemplo, cuando descubre que el milagro en torno al cuerpo aparentemente incorrupto de Bendición Alvarado ha sido en realidad producto de un engaño. Es el propio general el agente de esa reversión de la falsificación de la realidad⁵. Es él quien descubre que el cuerpo de su madre «estaba disecado mediante las peores artes de taxidermia igual que los animales póstumos de los museos de ciencias como él comprobó con mis propias manos» (157). El general revela la verdad y descalifica momentáneamente la utilización del cadáver de su madre para fines de ritualización histórica. No obstante, su desenmascaramiento es efímero. Es arrollado por el torrente de alienación general que demanda que su madre cumpla funciones de apaciguamiento colectivo. En este caso es el general quien es finalmente contaminado por la colectividad y no sólo cede a sus impulsos de falsificación sino que los magnifica al elevar a su madre a la categoría de figura trascendental que su pueblo exige. El general reproduce la imagen del espejo del pueblo, la engrandece y deforma por medio de una hiperbolización de tendencias enunciadas desde fuera de él. La reproducción alcanza una dimensión caricaturesca en la que los anhelos populares se revelan como una manifestación de la ineptitud para enfrentarse con una realidad exenta de la superimposición de mitologizaciones aberrantes.

El exceso semántico propio de la colectividad y sus figuras emblemáticas se conecta con la figura del apocalipsis, que es uno de los modos de significación predominantes en el texto. La comunidad, que carece de una identidad propia y se nutre de un acervo cultural no propio sino heredado de comunidades foráneas, halla un modo de afirmación distinti-

⁵ El texto coincide en esta ocasión con la visión desmitologizante de la historia que Jameson propugna: Jameson, *The Political*, 281-299.

va en la magnificación de los rasgos prestados de los demás. Atribuye al exceso una medida de personalización y diferencia. Somos una réplica de los demás, los reproducimos en conducta y gestos, pero podemos excederlos y ese exceso amaga (falsamente) una superación de la herencia.

Consecuente con esa visión, es la aparición de manifestaciones de aguda patología erótica y emocional y extraordinaria violencia. Cualquier posibilidad de equilibrio o síntesis de fuerzas contrapuestas cede al efecto devastador de una destrucción sin paliativos. Las acciones humanas se conciben a veces como la continuación de una naturaleza desatada que arroja sobre el mundo elementos incontrolables (ciclones, lluvias torrenciales, etc.) que arrasan las creaciones de los hombres: edificios, ciudades, etc. La irrupción apocalíptica se concibe como un modo de justicia auténticamente igualitaria ya que su destrucción abarca a todos por igual. El episodio en torno a la matanza de los niños inocentes es una ilustración de arbitraria justicia hiperbólica que incluye tanto a verdugos como víctimas. Por esa razón, después de la muerte de los niños, el general premia primero a los ejecutores del asesinato: «los ascendió dos grados y les impuso la medalla de la lealtad». Sin embargo, poco después, rectifica su primera decisión haciéndolos «fusilar sin honor como a delincuentes comunes porque hay órdenes que se pueden dar pero no se pueden cumplir, carajo, pobres criaturas» (116). La hipérbole apocalíptica se presenta, por consiguiente, como otro sucedáneo a los que la comunidad parece vincularse de modo adictivo. El exceso puede mediar la evasión de una visión productiva de la historia y puede llegar a conferirle impunidad.

Los personajes quedan incluidos también dentro del paradigma de la reiteración. No se constituyen como individualidades con atributos característicos de una subjetividad específica. Aunque tienen nombres y rasgos físicos y personales propios, su función es la representatividad de un grupo social o cultural. Esa representatividad los hace anónimos, seres símbolo que se corresponden precisamente con la naturaleza y los rasgos del grupo al que pertenecen. Sólo se destacan brevemente del medio que los incluye para manifestar la ideología determinante de ese medio, revelando algunas de sus motivaciones centrales. Una vez han cumplido su cometido de representatividad, se sumergen de nuevo en la no-personalidad de la que habían emergido.

Esa tipificación contraindividualista mimetiza la visión de la historia del país de *El otoño del patriarca* según la cual los ciudadanos carecen de protagonismo; no pueden ser figuras principales sino que deben asumir *ab aeterno* el papel de personajes secundarios⁶. Un ejemplo de esa representatividad anonimizante es José Ignacio Sáenz de la Barra que apare-

⁶ En conexión con el concepto de tipificación, además de Lukács 77, ver Jameson, *Marxism*, 180; Arvon 83-99.

ce como la actualización arquetípica de la clase patricia. Su presentación inicial en la novela establece la naturaleza abstracta y generalizada de su personalidad, su cualidad de emblema de la trayectoria de un grupo privilegiado en declive:

«José Ignacio Sáenz de la Barra ...[era] el último vástago suelto de nuestra aristocracia demolida por el viento arrasador de los caudillos federales, barrida de la faz de la patria con sus áridos sueños de grandeza y sus mansiones vastas y melancólicas y su acento francés» (208). El signo de la individualidad señalado ostensiblemente con el nombre altisonante y distinguido del personaje queda pronto absorbido por otras significaciones generales que eliminan la singularidad de José Ignacio y lo convierten en un resultado derivativo de su condición social. Incluso su propio nombre no le pertenece; no le identifica inequívocamente. Queda adherido más bien a su herencia aristocrática. La aspiración de su clase a la separación de los demás se materializa en la actitud de señalar con un nombre exclusivo la distancia infranqueable que media entre esa clase única y los que no son parte de ella⁷.

La caracterización personal y física de ese patricio declinante incrementa el propósito de representatividad: «un espléndido cabo de raza sin más fortuna que sus 32 años, siete idiomas, cuatro marcas de tiro al pichón en Dauville, sólido, esbelto, color de hierro, cabello mestizo con la raya en el medio y un mechón blanco pintado, los labios lineales de la voluntad eterna, la mirada resuelta del hombre providencial que fingía jugar al cricket con el bastón de cerezo para que le tomaran un retrato de colores con el fondo de primaveras idílicas de los gobelinos de la sala de fiestas» (208). Los rasgos que aparentemente más singularizan a José Ignacio (el conocimiento de idiomas, el mechón blanco, la fuerte voluntad, la resolución y confianza en sí mismo, la asociación con el minoritario juego de cricket) no hacen sino despersonalizarlo, convertirlo en un reflejo pasivo de los valores y aspiraciones del grupo que lo determina genéricamente.

De modo paradójico, entre los personajes de *El otoño del patriarca* es el general el que alcanza una calidad mayor de individualización. Por una parte, es obvio que el general es el tirano por antonomasia, el epítome de la autoridad represora; por consiguiente, desde esa perspectiva, su subjetividad queda reducida a un punto cero: es una figura que incorpora y desarrolla con exactitud los atributos de la tiranía. Al mismo tiempo, el general aparece nítidamente individualizado en algunas de sus actitudes y emociones y se manifiesta como un ser que reflexiona y siente por sí mismo y no meramente como un vehículo de su función de tirano. Su experiencia en relación con su amor frustrado hacia Leticia Nazare-

⁷ V. Barthes 74, para una consideración de los atributos semióticos de la nominación de los personajes.

no es un ejemplo. Con alguna frecuencia, el general aparece vulnerable y débil, sometido a las flaquezas de su cuerpo, determinado, como sus súbditos, por un medio contrario. Por esa razón, creo que la orientación predominante de la operación de la lectura frente a este hombre truculento no se ve señalada por el odio y probablemente ni siquiera por el menosprecio. Podemos sentir legítimamente hacia él conmiseración, aunque problematizada por la memoria de su conducta temible. Una conmiseración destinada a un ser que, no menos que los que lo rodean, es consecuencia y no causa, apéndice y no origen del movimiento histórico.

Es comprensible que estos personajes tan drásticamente privados de singularidad ansíen a diferenciarse, a alcanzar una autonomía personal que los destaque del magno informe en el que se ven sumergidos. Se sienten poseídos por un código cultural ajeno que les ha sido impuesto más allá de su voluntad. Las leyes intolerantes de ese sistema les impiden toda forma de realización auténticamente propia; la existencia se les aparece como sometida a un mecanismo de dominación impermeable a la razón y el cambio. Tiene sentido, por tanto, que una de las ambiciones centrales de los personajes —y de la intencionalidad del texto en general— sea el desposeimiento, el alejamiento de una jerarquía tentacular que coarta todo movimiento libre.

El general, sometido en el pasado a la impotencia consustancial con un origen humilde y sin prestigio, se siente motivado por ese impulso de desembarazarse de la ley de los demás. Sin embargo, sólo parece poder obtener ese desposeimiento a través de la posesión de los demás, por medio del establecimiento de una ley más implacable que todas las precedentes. Otros personajes (Sáenz de la Barra, por ejemplo) ejecutan parecido acto de posesión total del otro con objeto de desprenderse de su influencia. La posesión engendra una posesión mayor, en una evolución progresiva que se incrementa *more geometrico* hasta alcanzar dimensiones hiperbólicas, de acuerdo con el impulso apocalíptico del texto que ya he sugerido. El dominio del otro no se contrarresta con modos de afectividad que sean capaces de preservar la singularidad ajena. Por el contrario, a ese dominio se le opone un deseo destructivo del otro⁸.

La cadena de posesión progresiva es interminable en el texto. El amor surge con alguna frecuencia pero aparece como mención retórica no como hecho. No se materializa en una experiencia emotiva genuina. Ensimismados en la dialéctica de la dominación, los personajes son incapaces de crear configuraciones o proyectos que se alejen de ella. Esos proyectos alternativos se intuyen a lo más como quimeras, no como una realidad alcanzable. Por esa razón, la ruptura de la cadena de la repetición de la posesión, la cancelación de la circularidad, emergen en *El oto-*

⁸ Entre los estudios con los que se relaciona mi concepto del deseo, ver Kristeva 124-158 y Girard.

ño del patriarca sólo como utopía. El texto afirma en su conclusión que «el tiempo incontable de la eternidad había terminado» (271); es decir, señala una epifanía y, con ella, la asunción de la historia realizada a través de los actos libres de cada individuo. Sin embargo, las palabras del texto son una llamada más que una referencia a una realidad presente. Ese hecho explica que estén situadas al final de la novela, en los márgenes de la significación más que en su núcleo. La posibilidad del amor que la colectividad proclama en relación con la desaparición del tirano es dudosa. Además del dominio del general, esa colectividad debe liberarse del dominio de una historia desfavorable.

El texto parece perturbar la inmovilidad imperturbable del tiempo. Inserta en la eternidad de la tradición el dinamismo de la transformación. La colectividad parece obtener la conciencia iluminadora de que el general carecía: «nosotros sabíamos quienes éramos mientras él se quedó sin saberlo» (271). Este final del texto podría leerse como una conclusión moral, de una positividad inequívoca. Para realizarse, esa interpretación debería ignorar, no obstante, la artificiosidad del intento de definir los elementos de la historia de un modo bipolar en una rígida oposición de valores y contravalores absolutos. En lugar de esa interpretación feliz pero limitada, prefiero proponer otra más ambigua y —confío— más abierta, también. La breve afirmación final de *El otoño del patriarca* —la cancelación del *ricorso* del tiempo— queda considerablemente desconfirmada por el extenso corpus de negatividad que ocupa el resto de la novela.

Esa desconfirmación no equivale a la invalidación de la afirmación. Sin embargo, la pone en tela de juicio, la modera con múltiples reservas, y nos hace conscientes de que la promesa utópica no es, al fin y al cabo, más que una más de las manifestaciones repetitivas y rituales de la herencia humana.

GONZALO NAVAJAS

Universidad de California, Irvine

(EE.UU.)

Obras citadas

- Arvon, Henri: *Marxist Aesthetics*. Itaca: Cornell, 1973. Barthes, Roland. S/Z. París: Seuil, 1970.
- García Márquez, Gabriel: *El otoño del patriarca*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1975.
- Girard, René: *Mensonge romantique et vérité romanesque*. París: Bernard Grasset, 1961.
- Harrison, Pogue Robert: «Heresy and the Question of Repetition. Reading Kierkegaard's *Repetition*», *Textual Analysis*, ed. Mary Ann Caws. Nueva York: MLA, 1986.

- Jameson, Fredric: *The Political Unconscious*. Itaca: Cornell, 1981. —. *Marxism and Form*. Princeton: Princeton UP, 1971.
- Kristeva, Julia: *Desire in Language*. Nueva York: Columbia UP, 1980.
- Lacan, Jacques: *The Language of the Self*. Nueva York: Delta, 1968.
- Lukács, Georg: *Writer and Critic*. Nueva York: Grosset and Dunlap, 1970.
- Miller, Hillis J.: *Fiction and Repetition*. Cambridge: Harvard UP, 1982.
- Navajas, Gonzalo: *Mimesis y cultura en la ficción. Teoría de la novela*. Londres: Támesis, 1985.
- Palencia-Roth, Michael: «El círculo hermenéutico en *El otoño del patriarca*», *Revista Iberoamericana*, jul-dic. 1984; 50 (128-129) 999-1.016.
- Said, Edward: *The World, the Text, and the Critic*. Cambridge: Harvard UP, 1983.
- Sussman, Henry: *The Hegelian Aftermath. Readings in Hegel, Kierkegaard, Freud, Proust, and James*. Baltimore: The Johns Hopkins UP, 1982.
- Tobin, Patricia: «The Autumn of the Signifier: the Deconstructionist Moment of García Márquez», *Latin American Literary Review*, en-jun. 1985; 13 (25): 65-78.
- Ugalde, Sharon:1 «Ironía en *El otoño del patriarca*», *Inti*, otoño-primavera 1982-83; 16-17: 11-26.
- White, Hayden: *Metahistory*. Baltimore: The Johns Hopkins UP, 1979.